



COMPOSICIONES DRAMATICAS

LOS EMPEÑOS DE UNA CASA  
COMEDIA FAMOSA

INTERLOCUTORES

D. CARLOS, D. RODRIGO, D. JUAN, D. LEONOR. D. PEDRO, D. ANA  
CELIA, HERNANDO, CASTAÑO,  
DOS EMBOZADOS, DOS COROS DE MÚSICA

JORNADA PRIMERA

*Salen doña Ana y Celia.*

D. ANA. Hasta que venga mi hermano,  
Celia, le hemos de esperar.

CELIA. Pues eso será velar:  
Porque él juzga que es temprano,  
La una, ó las dos, y á mi ver,  
Aunque es grande ociosidad,  
Viene á decir la verdad;  
Pues viene al amanecer.  
Mas por qué ahora te dió  
Esa gana de esperar,  
Si te entras siempre á acostar  
Tú, y la espero sola yo?

D. ANA. Has de saber, Celia mía,  
Que aquesta noche ha fiado  
De mi todo su cuidado,  
Tanto de mi afecto fia.  
Bien sabes tú, que él salió  
De Madrid dos años há,  
Y á Toledo, donde está,  
A una cobranza llegó,  
Pensando luego volver,  
Y así en Madrid me dejó,  
Donde estando sola yo,  
Y poder ser vista, y ver,  
Me vió D. Juan, y le ví,  
Y me solicitó amante,  
A cuyo pecho constante  
Atenta correspondí;  
Cuando, ó por no ser tan llano,  
Como el pleito se juzgó,  
Ó lo cierto, porque no  
Quería irse mi hermano;  
Porque vive aquí una dama  
De perfecciones tan sumas,  
Que dicen, que faltan plumas,  
Para elevarla á la fama,  
De la cual enamorado,  
Aunque no correspondido,  
Por conseguirla, perdido  
En Toledo se ha quedado,  
Y porque yo no estuviese  
Sola en la Corte sin él,  
O porque á su amor cruel  
De algún alivio le fuese,  
Dispuso el que venga aquí  
A vivir yo, que al instante  
Dí cuenta á D. Juan, que amante

Vino á Toledo tras mí:  
 Fineza, á que agradecida  
 Toda el alma estar debiera,  
 Sí ya (¡Ay de mí!) no estuviera  
 Del empeño arrepentida,  
 Porque el amor, que es villano  
 En el trato, y la bajeza,  
 Se ofende de la fineza:  
 Pero volviendo á mi hermano,  
 Sábeta, que él ha adquirido,  
 Con obstinada porfia,  
 Qué motivo haber podía,  
 Para no ser admitido,  
 Y hallando, que es otro amor,  
 Aunque yo no sé de quien,  
 Sintiendo, más que el desdén,  
 Que otro gozase el favor:  
 Que como este fiero engaño  
 Es envidioso veneno,  
 Se siente el provecho ageno,  
 Mucho mas que el propio daño.  
 Sobornando (¡Oh vil costumbre!)  
 Que así la razón estraga,  
 Que es tan ciego amor, que paga,  
 Porque le den pesadumbre!)  
 Una criada, que era,  
 De quien ella se fiaba,  
 En el estado que estaba  
 Su amor, con el fin que espera,  
 Y con lo demás que pasa,  
 Supo de la infiel criada,  
 Que estaba determinada  
 A salirse de su casa  
 Esta noche con su amante,  
 De que mi hermano furioso,

Como á quien está celoso,  
 No hay peligro que le espante;  
 Con unos hombres trató,  
 Que fingiéndose justicia,  
 (Mira qué astuta malicia)  
 Prendan al que la robó,  
 Y que al pasar por aquí,  
 Al galán y dama bella,  
 Como en depósito, á ella  
 Me la entregasen á mí,  
 Y que luego al apartarse,  
 Como que acaso ellos van  
 Descuidados, del galán  
 Den lugar para escaparse,  
 Con lo cual claro se arguye,  
 Que él se valdrá de los pies,  
 Huyendo, pues piensa, que es  
 La justicia, de quien huye;  
 Y mi hermano con la traza,  
 Que su amor ha discurrido,  
 Sin riesgo habrá conseguido  
 Traer su dama á su casa,  
 Y en ella es bien fácil cosa  
 Galantearla abrasado,  
 Sin que él parezca culpado,  
 Ni ella pueda estar quejosa;  
 Porque si tanto despecho  
 Ella llegase á entender,  
 Visto es, que ha de aborrecer,  
 A quien tal daño le ha hecho.  
 Esto, que te he contado,  
 Celia, tengo que esperar;  
 Mira como puedo entrar  
 A acostarme sin cuidado.  
 CEL. Señora, nada me admira,

Que en amor no es novedad,  
 Que se vista la verdad  
 Del color de la mentira:  
 Ni quien habrá que se espante  
 Si lo que es, llega á entender  
 Temeridad de mujer,  
 Ni resolución de amante,  
 Ni de traidoras criadas,  
 Que eso en todo el mundo pasa,  
 Y quizá dentro de casa  
 Hay algunas calderadas.  
 Solo admirado me han,  
 Por las acciones que has hecho  
 Los indicios, que tu pecho  
 Dá de olvidar á D. Juan.  
 Y no sé por qué el cuidado  
 Das en trocar en olvido,  
 Cuando ni causa has tenido  
 Tú, ni D. Juan te la ha dado.

D. AN. Que él no me la dá es verdad,  
 Que no la tengo, es mentira.

CEL. ¿De qué modo?

D. AN. ¿Qué te admira?  
 Es ciega la voluntad.  
 Tras mí, como sabes, vino  
 Amante, y fino D. Juan,  
 Quitándose de galán  
 Lo que se añade de fino,  
 Sin dejar á que aspirar  
 A la ley del albedrío;  
 Porque si él es ya tan mío,  
 ¿Qué tengo que desear?  
 Pero no es esta sola  
 La causa de mi despego,  
 Sino porque ya otro fuego

En mi pecho se acrisola.  
 Suelo en esta calle ver  
 Pasar á un galán mancebo,  
 Que si no es el mismo Febo,  
 Yo no se quien pueda ser.  
 A este ¡ay de mí! Celia mía,  
 No se si es gusto, ó capricho,  
 Y: pero ya te lo he dicho,  
 Sin saber lo que decia.

CEL. ¿Lloras?

D. AN. ¿Pues no he de llorar,  
 ¡Ay, infeliz de mí! cuando  
 Conozco que estoy errando,  
 Y no me puedo enmendar?

CEL. Qué buenas nuevas me dan  
 Con esto, que ahora he oído, *Ap.*  
 Para tener yo escondido  
 En su cuarto al tal D. Juan:  
 Que habiendo notado el modo  
 Con que le trata enfadada,  
 Quiere hacer la tarquinada,  
 Y dar al traste con todo.  
 ¿Y quién, señora, ha logrado  
 Tu amor?

D. AN. Sólo decir puedo,  
 Que es un D. Carlos de Olmedo  
 El galán: mas han llamado,  
 Mira quien es, que después  
 Te hablaré, Celia.

CEL. ¿Quién llama?  
 La justicia. *Dentr.*

D. AN. Esta es la dama,  
 Abre Celia.

CEL. Entre quien es.

*Entran embozados, y doña Leonor*

EMB. Señora, aunque yo no ignoro  
El decoro de esta casa,  
Pienso, que al entrar en ella  
Ha sido más venerarla  
Que ofenderla, y así os ruego,  
Que me tengáis esta dama  
Depositada, hasta tanto,  
Que se averigüe la causa,  
Por qué le dió muerte á un hombre  
Otro, que la acompañaba:  
Y perdonad, que á hacer vuelvo  
Diligencias no excusadas  
en tal caso. *Vanse.*

D. AN. ¿Qué es aquéllo?  
Celia, á aquellos hombres llama,  
Que lleven esta mujer,  
Que no estoy acostumbrada  
A oír estas liviandades.

CEL. Bien la desecha mi alma *Ap.*  
Hace de querer tenerla.

LEON. Señora, en la boca el alma  
Tengo ¡Ay de mí! si piedad  
Mis tiernas lágrimas causan  
En tu pecho (hablar no acierto)  
Te suplico arrodillada,  
Que ya que no de mi vida,  
Tengas piedad de mi fama,  
Sin permitir, puesto que  
Ya una vez entré en tu casa,  
Que á otra me lleven, adonde  
Corra mayores borrascas  
Mi opinión; que á ser mujer,  
Como imagináis, liviana,  
Ni á tí te hiciera este ruego,  
Ni yo tuviera estas ansias.

D. AN. A lástima me ha movido  
Tu belleza y tu desgracia.  
Bien dice mi hermano, Celia.

CEL. Es belleza sobre humana,  
Y si está así en la tormenta  
¿Cómo estará en la bonanza?

D. AN. Alzad del suelo, señora,  
Y perdonad, si turbada,  
Del repentino suceso,  
Poco atenta, y cortesana  
Me he mostrado, que ignorar  
Quien sois, pudo dar la causa  
A la extrañeza; mas ya  
Vuestra persona gallarda  
Informa en vuestro favor  
De suerte, que toda el alma  
Ofrezco para serviros.

LEON. Déjame besar tus plantas, bella,  
Bella deidad, cuyo templo,  
Cuyo culto, cuyas aras,  
De mi desecha fortuna  
Son el asilo. (*D. An.*) Levanta,  
Y cuéntame qué sucesos  
A tal desdicha te arrastran;  
Aunque, si eres tan hermosa,  
No es mucho ser desdichada.

CEL. De la envidia que le tiene, *Ap.*  
No le arriendo la ganancia.

LEON. Señora, aunque la vergüenza  
Me pudiera ser mordaza  
Para callar mis sucesos;  
La que, como yo, se halla  
En tan infeliz estado,  
No tiene por qué callarlas:  
Antes pienso, que me abono

En hacer lo que me mandas,  
 Pues son tales los indicios,  
 Que tengo de estar culpada,  
 Que por culpables que sean,  
 Son más decentes sus causas:  
 Y así escúchame atento:

D. AN. El silencio

Te responda. (*Cel.*) Cosa brava:  
 Relación á media noche,  
 ¿Y con vela? que no valga.

LEON. Si de mis sucesos quieres  
 Escuchar los tristes casos,  
 Con que ostentan mis desdichas  
 Lo poderoso, y lo vario;  
 Escucha, por si consigo.  
 Que divirtiéndote tu agrado,  
 Lo que fué trabajo propio,  
 Sirva de ageno descanso,  
 O porque en el desahogo  
 Hallen mis tristes cuidados  
 A la pena de sentirlos,  
 El alivio de contarlos.  
 Yo nací noble, este fué  
 De mi mal el primer paso,  
 Que no es pequeña desdicha  
 Nacer noble un desdichado;  
 Que aunque la nobleza sea  
 Joya de precio tan alto,  
 Es alhaja, que en un triste,  
 Sólo sirve de embarazo;  
 Porque estando en un sugeto,  
 Repugnan como contrarios,  
 Entre plebeyas desdichas  
 Haber respetos honrados.  
 Decirte, que nací hermosa,

Presumo que es excusado,  
 Pues lo atestiguan tus ojos,  
 Y lo prueban mis trabajos.  
 Solo diré, aquí quien es,  
 No ser yo quien lo relato,  
 Pues en callarlo, ó decirlo  
 Dos inconvenientes hallo;  
 Porque si digo, que fui  
 Celebrada por milagro  
 De discreción, me desmiento  
 La necedad del contarlo:  
 Y si lo callo, no informo  
 De mí, y en un mismo caso  
 Me desmiento, si lo afirmo.  
 Y lo ignoras si lo callo.  
 Pero es preciso al informe,  
 Que de mis sucesos hago  
 (Aunque pase la molestia  
 La vergüenza de contarlo)  
 Para que entiendas la historia,  
 Presuponer asentado,  
 Que mi discreción la causa  
 Fué principal de mi daño.  
 Inclíneme á los estudios  
 Desde mis primeros años,  
 Con tan ardientes desvelos,  
 Con tan ansiosos cuidados,  
 Que reduje á tiempo breve  
 Fatigas de mucho espacio.  
 Conmuté el tiempo industriosa  
 A lo intenso del trabajo,  
 De modo, que en breve tiempo  
 Era el admirable blanco  
 De todas las atenciones,  
 De tal modo, que llegaron

A venerar como insulso,  
 Lo que fué adquirido lauro.  
 Era de mi patria toda  
 El objeto venerado  
 De aquellas adoraciones,  
 Que forma el común aplauso,  
 Y como lo que decía  
 (fuese bueno ó fuese malo)  
 Ni el rostro lo deslucía,  
 Ni lo desairaba el garbo;  
 Llegó la superstición  
 Popular á empeño tanto,  
 Que ya adoraban deidad  
 El ídolo que formaron.  
 Voló la fama parlera,  
 Discurrió reinos extraños,  
 Y en la distancia segura  
 Acreditó informes falsos.  
 La pasión se puso antojos  
 De tan engañosos grados,  
 Que á mis moderadas prendas  
 Agradaban los tamaños.  
 Víctima en mis aras eran  
 Devotamente postrados,  
 Los corazones de todos  
 Con tan comprensivo lazo,  
 Que habiendo sido al principio  
 Aquel culto voluntario,  
 Llegó después la costumbre,  
 Favorecida de tantos,  
 A hacer, como obligatorio,  
 El festejo cortesano,  
 Y si alguno disentía  
 Paradojo, ó avisado  
 No se atrevía á proferirlo

Temiendo, que por extraño,  
 Su dictamen no incurriese  
 Siendo de todos contrario,  
 En la nota de grosero,  
 O en la censura de vano.  
 Entre estos aplausos yo,  
 Con la atención zozobrando  
 Entre tanta muchedumbre,  
 Sin hallar seguro blanco,  
 No acertaba á amar á alguno  
 Viéndome amada de tantos.  
 Sin temor en los concursos  
 Defendía mi recato  
 Con peligros del peligro,  
 Y con el daño del daño.  
 Con una afable modestia,  
 Igualando el agasajo,  
 Quitaba lo general  
 Lo sospechoso al agrado.  
 Mis padres en mi mesura,  
 Vanamente asegurados,  
 Se descuidaron conmigo:  
 ¡Qué dictamen tan errado!  
 Pues fué quitar por afuera  
 Los guardas, y los candados  
 A una fuerza, que en sí propia  
 Encierra tantos contrarios.  
 Y como tan neciamente  
 Conmigo se descuidaron,  
 Fué preciso hallarme el riesgo  
 Donde me perdió el cuidado.  
 Sucedió, pues, que entre muchos,  
 Que de mi fama incitados  
 Contentar con mi persona  
 Intentaban mis aplausos,